



CAPITULO SIETE



MENTIRAS QUE LAS MUJERES CREEN... ACERCA DE LOS HIJOS

Ningún lugar abriga tanto gozo y amor, al igual que decepción y sufrimiento, como el corazón de una madre. Ya sea que su retoño sea una estrella del atletismo o tropiece con sus propios pies, que sea un gigante intelectual o tenga alguna limitación mental, que se convierta en un importante empresario o en un criminal, una madre nunca abandona la esperanza, los sueños y los anhelos por su hijo después de haberlo arrullado en sus brazos.

Para las mujeres esta delicada relación en particular despierta la mayor susceptibilidad al engaño. Como en cualquier otra área, Satanás posee un amplio arsenal de mentiras que utiliza para engañar a las mujeres sobre sus hijos y su papel como madres. El objetivo de Satanás al suscitar dichas mentiras no es solo esclavizar a las madres, sino perpetuar el engaño a través de las nuevas generaciones para que nunca conozcan la verdad ni experimenten su poder liberador.

En este capítulo vamos a centrarnos en ciertas mentiras sutiles y verdades a medias que han tenido una gran acogida en nuestra cultura cristiana contemporánea. Estas ideas equivocadas han cobrado un alto precio en nuestros hogares cristianos, y las consecuencias empeorarán en las generaciones futuras si no las reconocemos y rechazamos, para poner en su lugar la verdad.



27. NOSOTRAS DECIDIMOS CUANTOS HIJOS TENER

Dios es el Autor, Creador y Dador de la vida. No es sorprendente que como su enemigo más acérrimo, Satanás odie la vida. Este siempre ha buscado destruirla. Sedujo a Adán y a Eva para comer del fruto prohibido porque sabía que al hacerlo morirían, tal como Dios lo dijo. Después que Adán y Eva tuvieran sus dos hijos, Satanás incitó al mayor para asesinar al menor. Jesús dijo que Satanás es el ladrón que “no viene sino para hurtar y matar y destruir” (**Jn10:10**). Su objetivo y su estrategia se oponen por completo al plan de Dios, pues en el mismo versículo Jesús dice: “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. Puesto que su intención es destruir la vida, a Satanás no le interesa en lo más mínimo que nazcan niños. Cada niño que nace podría estorbar sus planes al recibir la gracia de Dios y convertirse en un miembro del reino celestial. Por esta razón, cualquier cosa que frustrate o desanime a las mujeres para cumplir con su llamado divino de dar y nutrir la vida promueve los planes de Satanás. Algunas prácticas que destruyen la vida son el aborto, el infanticidio y el homosexualismo, y todas son comunes en nuestra cultura. Los cristianos que

creen en la Biblia por lo general rechazan de plano semejantes prácticas de maldad. Sin embargo, el mundo evangélico e incluso muchas personas que se declaran a favor de la vida han llegado a aceptar diversas filosofías y prácticas que de manera sutil se oponen a la vida y a los niños. Uno de los principales dogmas de la ideología feminista ha sido siempre el derecho de la mujer para decidir por sí misma si tendrá hijos, en qué momento lo hará y cuántos tendrá. La base de la opresión de la mujer está en la maternidad y la crianza de los hijos. El mundo cristiano ha sido afectado de forma inadvertida por esta ideología que conduce a la legitimación y promoción de prácticas como la anticoncepción, la esterilización y la “planificación familiar” Como resultado, millones de mujeres y parejas cristianas sin darse cuenta han apoyado la obra de Satanás que consiste en limitar la reproducción humana e impedir la vida.

Los motivos que por lo general llevan a la mayoría de las personas, incluso “creyentes” a elegir el número de hijos son el temor, el egoísmo y el razonamiento humano y natural. Por ejemplo:

- “¿Cómo voy a proveer lo necesario para más hijos? Apenas si podemos vivir con lo que tenemos. ¿Y qué del pago de la universidad?”
- “Mi cuerpo no tiene fuerzas para más hijos. Estoy exhausta en mi intento por cuidar a los dos que ya tengo”.
- “No tengo la paciencia necesaria para manejar muchos niños”.
- “Si tenemos más hijos no tendremos tiempo suficiente para nosotros como pareja”.
- “Mis amigos o padres van a pensar que estamos locos si tenemos más hijos. De hecho, ya piensan que tenemos demasiados”.
- “Si dejamos que el Señor decida el número de hijos que debemos tener, ¡ya tendríamos dos docenas!”

El mundo dice: “Los niños son una carga”. La Palabra de Dios dice que los hijos son una de las más grandes bendiciones que puede recibir una pareja (**Sal.127:3-5**). Con todo, es posible que alcemos los ojos al cielo y digamos: “Dios ¡por favor no envíes más bendiciones!”. El mundo dice: “El propósito del matrimonio es hacerte feliz. Dependiendo de eso, los niños son opcionales.”. Por su parte, la Palabra de Dios enseña que uno de los propósitos esenciales del matrimonio es tener hijos que teman y adoren al Señor (**Mal. 2:15**).

En la Primera Epístola de Pablo a Timoteo se recalca la maternidad como un papel fundamental de la mujer asignado por Dios. Pablo exhorta: “que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa: que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia” (**1Ti.5:14**). En el último versículo del capítulo 2 él declara: “Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación con modestia”. Es obvio que esto no se refiere a que la salvación eterna de una mujer se logra con la maternidad. Este versículo posee la misma estructura gramatical de la exhortación de Pablo a Timoteo en el **capítulo 4 versículo 16**: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina: persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren”.

Pablo afirma que el papel que Timoteo debía desempeñar es la predicación, y que además de su genuina conversión su llamado era perseverar. La predicación no era el medio para la salvación de Timoteo, sino el fruto que exigía su salvación. Del mismo modo, la disposición de una mujer a abrazar en vez de rechazar su papel y su llamado divino a la maternidad

como un fruto necesario de su salvación, es la prueba de que le pertenece a Él y sigue su camino. (Esto no significa que todas las mujeres reciban el llamado de Dios para casarse y tener hijos, sino que en términos generales este es el papel fundamental que Dios ha establecido para la mujer.)

María de Nazaret es un ejemplo precioso de una mujer que demostró su fe con su disposición a tener un hijo, aun si estaba por fuera de sus planes. Podríamos especular acerca de todos los argumentos que pudieron haber pasado por la mente de aquella jovencita después que el ángel le anunciara que daría a luz a un hijo:

- ¡Soy demasiado joven! No estoy preparada para tener un hijo.
- “No voy a tener tiempo para estar con José y con mis amigos si me sujeto al ritmo de un bebé”.
- “Primero quisiera instalarme en mi nueva casa”.
- ¿Qué van a pensar? Nadie va a entender.
- “Todavía no tenemos los medios para sostener a un niño. José apenas acaba de iniciar su negocio”.
- “El bebé nacería justo durante el censo de César, ¡y ni siquiera estaría en mi casa!

Sin embargo no vemos indicio alguno en la Palabra de que María haya manifestado reservas o dudas. Su respuesta fue sencilla: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (**Lc.1:38**). En realidad dijo: “Tú eres mi Señor. Yo soy tu sierva. Mi cuerpo te pertenece. Estoy dispuesta a afrontar cualquier dificultad o incomodidad que esto signifique para mí. Lo único que me interesa es cumplir el propósito para el que tú me creaste. Con gozo me rindo a ti para que uses mi vida como tú quieras”. María de Nazaret ejemplifica lo que el Señor Jesús hizo al acoger a los niños, dedicarles tiempo y exhortar a sus seguidores a hacer lo mismo (**Mt.19:15**).



28. LOS HIJOS NECESITAN EXPONERSE AL “MUNDO REAL” A FIN DE APRENDER A FUNCIONAR EN ÉL

Si Satanás no logra impedir que las mujeres cristianas tengan hijos, hará su mejor esfuerzo para engañarlas en cuanto a la crianza de los mismos. Él usa las mismas artimañas que usó con Eva para engañar a los padres. Logró convencer a Eva de que si comía del fruto prohibido conocería algo primordial: “el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos... sabiendo el bien y el mal” (**Gn.3:5**). Satanás tenía razón. Eva comió y sus ojos fueron abiertos (**v.7**). Conoció algo que nunca antes había visto: El mal. El fruto de este conocimiento fue la vergüenza, la culpa y la separación de Dios y de su esposo.

Dios nunca quiso que tú y yo conociéramos el mal por nuestra propia cuenta. Su deseo es que seamos “sabios para el bien, e ingenuos para el mal” (**Ro.16:19**). En cambio Satanás dice: “Debes probarlo por ti mismo”. Les dice a los padres: “Sus hijos necesitan experimentar las cosas por sí mismos. Si ustedes los resguardan del “mundo real” nunca serán capaces de encajar ni sobrevivir en él”. La verdad es que nuestra tarea no es criar hijos que puedan “encajar” o tan solo “sobrevivir” en el mundo. El reto de cada padre cristiano es formar hijos que amen a Dios con todo su corazón, con toda su mente, con todas sus fuerzas, que tengan una relación personal y emocionante con el Señor Jesús, y que la vida de cada uno de ellos

brille y penetre la oscuridad que los rodea. El objetivo que los padres cristianos deben trazarse no es formar hijos “buenos”, sino hijos que abracen con entusiasmo la verdad, amen la justicia y odien el mal, hijos que serán usados por Dios para transformar este mundo. Si les permitimos a nuestros hijos escuchar música, ver películas, leer libros y revistas y salir con amigos que promueven la irreverencia, las actitudes negativas, el sexo ilícito, la rebelión y la violencia, no debería sorprendernos que prefieran las filosofías mundanas. El apóstol Pablo lanza una advertencia a los creyentes de todas las épocas y culturas: “No se amolden al mundo actual”. Antes bien, dice: “en adoración espiritual (ofrezcan) su cuerpo como sacrificio vivo”, y así ser transformados mediante la renovación de su mente” **(Ro.12:2)**. Nosotros no debemos amoldarnos a la cultura, como muchos cristianos hacen hoy, sino más bien ser llenos del Espíritu Santo y de la Palabra de Dios de tal modo que nuestra vida penetre y convenga la cultura que nos rodea. El reto que enfrentan los padres cristianos es este: “Levantar una generación de jóvenes que no se conforme ni amolde al mundo, sino que lo transforme”.



29. ES INEVITABLE QUE LOS HIJOS PASEN POR UNA ETAPA DE REBELDIA

El plan de Satanás es hacerles creer a los padres que es imposible una vida santa y rendida a Dios para sus hijos adolescentes y jóvenes. Por creer esta mentira, en vez de prepararse para la adolescencia de sus hijos, los padres la viven con pavor. Esto los lleva a tolerar o justificar actitudes y conductas rebeldes. Es muy probable que los hijos, al saber que sus padres aguardan su rebeldía al final cumplan sus expectativas. El hecho es que todos somos rebeldes por naturaleza. Nuestros padres fueron pecadores, nacimos pecadores y nuestros hijos y nietos nacieron con la misma naturaleza rebelde **(Sal.51:5; 58:3; Is.59:2-8)**.

Es ahí que el evangelio llega a la escena. Tan pronto la primera pareja desobedeció a Dios, Él ideó un plan de redención, una manera de rescatarlos a ellos y a sus hijos de su rebelión. Mediante la provisión de un sacrificio que se ofreció en su lugar, Dios alcanzó con su gracia a todos los pecadores. El propósito de Dios era que cada generación venidera pudiera recibir su gracia, guardar su pacto y en seguida pasarla a sus hijos. Los padres cristianos han recibido un mandato sagrado de guiar a sus hijos a someter la vida de cada uno de ellos a Jesús como Señor y a introducir a sus hijos junto con ellos dentro del “arca de salvación”. Este llamado santo y sublime viene acompañado de los recursos divinos que son el Espíritu de Dios y sus promesas. En el momento en el que la rebeldía aflora los padres no se encogen de hombros y dicen: “Supongo que todos los niños pasan por lo mismo”. Ellos comprenden que sus hijos experimentan cambios fisiológicos y hormonales que dan razón de sus cambios de ánimo, pero les enseñan a sus hijos a manejar la inestabilidad emocional y a controlarse. Como conviene, enfrentan cada situación con amor y firmeza a fin de preservar las relaciones, una buena comunicación y a sus hijos para el Señor. Aplican consecuencias para las decisiones equivocadas de los hijos y muestran gracia para el arrepentimiento. Estos papás no temen ser ejemplo de humildad ni pedir perdón cada vez que se equivocan. Y por encima de todo, oran con fervor por sus hijos, confían al Espíritu de Dios la obra en el corazón de cada uno de ellos y les comunican a sus adolescentes lo que esperan de ellos, que consiste en pasar el testimonio del pacto redentor de Dios a la siguiente generación. En medio de una generación cada vez más rebelde se necesitan padres que se vean como portadores del pacto de Dios, padres y madres que se aferren a sus promesas para sus hijos y nietos, padres y que crean la verdad **(Sal.103:17; 144:12; Is.54:13)**.



30. TENGO LA CERTEZA DE QUE MI HIJO ES CRISTIANO PORQUE HIZO UNA ORACIÓN PARA RECIBIR A CRISTO SIENDO PEQUEÑO

Satanás impide que muchos padres vean la verdadera condición espiritual de sus hijos con el propósito de mantener a esos hijos cautivos en el reino de las tinieblas. Los padres más susceptibles a esta mentira son los que han criado a sus hijos en la iglesia, que les han “enseñado a distinguir entre lo bueno y lo malo” y cuyos hijos han profesado de algún modo la fe siendo niños o jóvenes. Es probable que aun hayan manifestado interés en la vida espiritual en algún momento. Estos padres dan por sentado que por todo lo anterior sus hijos son cristianos auténticos.

Sin embargo, las Escrituras nos dicen con claridad que una persona puede saber todo acerca de Dios, decir lo correcto, tener experiencias religiosas y con todo, nunca convertirse a Dios. Solo Dios conoce el corazón de cada persona. De todas formas, Él nos da algunos parámetros para determinar la autenticidad de una profesión de fe. La Primera Epístola de Juan se escribió para dar seguridad de salvación a quienes habían experimentado una conversación genuina, y como advertencia a quienes no tenían fundamento alguno para profesar la salvación. Juan identifica algunas peculiaridades que permiten diferenciar a los que son en verdad salvos de los religiosos que solo profesan serlo. **(1Jn 2:3-4; 5b-6,9; 15b; 19b; 3:10)**.

La esencia de la verdadera salvación no es un asunto de profesión ni de logros. Es más bien una transformación **(2Co.5:17)**. La persona que experimenta una verdadera conversión posee una vida nueva, un nuevo corazón, una nueva naturaleza, una nueva nacionalidad y un nuevo amo **(Col.1:13)**. Como parte del nuevo pacto recibimos la seguridad de que perseveraremos en nuestra fe. Dios da una promesa en **(Jer. 32:40)**. Y el escritor de Hebreos advierte que la perseverancia hasta el final es una señal de la fe verdadera **(He.3:14)**. El apóstol Pablo alertó a los creyentes efesios acerca de quienes profesaban conocer a Cristo pero no tenían las marcas de una conversión auténtica **(Ef. 5:5-6)**.

El hecho de que los padres creen que sus hijos han nacido de nuevo mientras la vida de cada uno de ellos no da evidencia alguna de ello, puede llevar a resultados desastrosos. Esto puede generar una calma pasajera que les da una seguridad falsa acerca de su destino eterno. Además, puede impedir que los padres oren de manera eficaz y batallen en el reino espiritual por el alma de sus hijos. Da lugar a una especie de “gracia barata” que desacredita a la persona y a la sangre de Cristo. Hace que nuestras iglesias se llenen de personas que están convencidas de que está bien. Y lo creen, a pesar de no tener una relación con Cristo, de amancillar la Palabra de Dios y de hacer que el mundo ponga en duda lo que en verdad es el cristianismo.

Es posible que quienes han experimentado una conversión genuina en algún momento desobedezcan a Dios y resbalen. Sin embargo, ningún creyente verdadero peca como un hábito y de forma deliberada sin experimentar después la convicción del Espíritu de Dios. La verdad es que sin importar cuánta formación espiritual hayan recibido en su casa los hijos (¡o los padres!), ni cuán devotos se hayan mostrado en el pasado, si en realidad no tienen un corazón ni hambre por lo divino, si rechazan de continuo la Palabra y los designios de Dios, es necesario confrontarlos y examinar de nuevo si en realidad se convirtieron alguna vez.



31. NO SOMOS RESPONSABLES DE LO QUE HAGAN NUESTROS HIJOS

Satanás emplea dos mentiras opuestas para engañar a los padres. La primera es que son incapaces de controlar o influir sobre sus hijos en lo que hacen, que no son responsables de ello y que se trata de algo inevitable. Creer esa mentira lleva a los padres a zafarse de cualquier responsabilidad y a sentir que son víctimas indefensas. La segunda mentira consiste en creer que ellos son los únicos responsables de lo que sucedió con sus hijos, que todo es su culpa. Olvidan que sin importar cuán defectuosa haya sido la crianza de una persona, cada individuo tiene la responsabilidad de asumir sus propias decisiones.

Frente a la rebeldía de los hijos es como si Satanás sedujera a los padres a caer en alguna de estas dos mentiras. Por un lado se sienten abrumados por la culpa, y por el otro evaden su responsabilidad. Ambas mentiras son en esencia distorsiones de la verdad y puede arrastrar a los padres a la desesperanza y la decepción.

¿DE TAL PADRE TAL HIJO?

Las Escrituras contienen relatos de hombres piadosos que tuvieron hijos impíos, al igual que hombres impíos cuyos hijos tuvieron un corazón para Dios. No explican con claridad la razón por la cual esto haya sucedido. Sin embargo, hay algunas pistas que guían a los padres cuyo deseo es formar a sus hijos para seguir a Cristo. La historia de Lot, el sobrino de Abraham, revela la influencia del ejemplo y de los valores de un padre. Lot prefirió una vida de comodidades, opulencia y renombre. Sus valores mundanos lo impulsaron a mudarse junto con su familia a una ciudad en la que abundaban la arrogancia, la inmoralidad y la perversión. ¿Acaso resultaría sorprendente que sus hijas se casaran con hombres impíos y rechazaran sus ruegos para escapar al juicio inminente sobre la ciudad? ¿O que después de haber escapado de Sodoma sus hijas lo embriagaran para engendrar hijos con su propio padre?

El Nuevo Testamento nos dice que Lot era un “Hombre justo”. Lot no participó de la maldad de Sodoma. De hecho, “afligía cada día su alma justa viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos” **(2 P.2:8)**. Con todo, a pesar de ser un creyente, no guardó su corazón. Ansiaba las cosas del mundo. Lot trató de vivir con un pie en el reino de Dios y el otro en el mundo. Con su ejemplo arrastró a su familia a amar al mundo. El precio que pagó Lot por sus valores pasajeros fue alto, pues la ley de la siembra y la cosecha dice que la semilla sembrada traerá sin falta una cosecha multiplicada. Alguien lo dijo de este modo: “Lo que los padres toleran con moderación, sus hijos lo justificarán en exceso”.

El relato de la familia Elí exhibe la necesidad de que los padres establezcan normas divinas para la conducta de sus hijos y los disciplina con base en ellas a fin de hacer valer dichos parámetros. En su función como sacerdote de Israel durante el oscuro período de los jueces, Elí fue un siervo devoto del Señor. Aunque sus dos hijos Ofni y Finees crecieron en un hogar y en un ambiente muy religioso, la Biblia dice que eran “hombre impíos” y que “no tenían conocimiento de Jehová” **(1 S.2:12)**.

Como hijos de sacerdote tenían pocas posibilidades de elegir otra carrera aparte del sacerdocio. Sin embargo ellos pervirtieron su llamado sagrado, saquearon al pueblo robándole las ofrendas que pertenecían al Señor, y llegaron al extremo de tener relaciones sexuales con las mujeres que servían en el tabernáculo **(1 S.2:13-17,22)**. ¿Cómo es posible que un hombre de Dios consagrado tuviera semejantes hijos? Es indudable que vivieron bajo el influjo de la cultura circundante, pero las Escrituras hablan de la actitud paterna que produjo semejantes resultados. Sabemos que en el momento de su muerte Elí tenía sobrepeso **(1 S.4:18)**. ¿Tendría algo que ver su falta de disciplina física con el pecado de sus hijos de llenar sus estómagos con la carne que robaban a quienes ofrecían sacrificios?

Las Escrituras mencionan al menos una ocasión en la cual Elí supo lo que sus hijos hacían y los confrontó por su conducta malvada **(1 S.2:22-25)**. No obstante, en ese momento era “muy viejo”. No sabemos por qué motivo esperó tanto para hacerlo o si había corregido su conducta con anterioridad. Lo cierto es que en algún momento “no oyeron la voz de su padre” **(v.25)**. En dos ocasiones más adelante Dios envió un mensajero a Elí para confrontarlo por su responsabilidad en el asunto. Aunque el pecado de sus hijos era más flagrante y conocido, el hecho es que ellos eran el reflejo aumentado de su padre **(1 S.2:29; 3:13)**. Elí pagó muy caro su indolencia.

Estos ejemplos no prueban que exista una relación directa de causa y efecto entre la espiritualidad de los padres y las decisiones espirituales de cada hijo. Sin embargo, revelan la poderosa influencia de los padres y su responsabilidad para moldear el corazón y la vida de sus hijos. Si bien es fácil culpar a los compañeros de escuela, a los profesores, a los medios de comunicación, al grupo juvenil de la iglesia o a la cultura secular, la verdad es que somos responsables de la condición espiritual del rebaño que Dios nos ha confiado. Muchos padres cristianos están ciegos a la manera como su propio ejemplo afecta la vida de sus hijos, así como las elecciones que hacen (o dejan de hacer) con respecto a sus hijos. Admito que me sorprende y a la vez me perturba ver algunas cosas que padres cristianos bienintencionados permiten que sus hijos hagan, como si ellos (los padres) no tuvieran intervención alguna en el asunto. Les permiten a sus hijos tener relaciones con personas incrédulas sin vigilarlos, tener citas con jóvenes que no son creyentes, ser irreverentes y groseros, vestirse de manera inapropiada, distraerse con música, programas de televisión, películas y videos mundanos. Y les causa sorpresa ver que sus hijos aman al mundo y detestan el cristianismo.

Las directivas de una importante escuela cristiana manifestaron su preocupación por la condición espiritual de los estudiantes. Ellos dicen que los niños de esta escuela odian a Dios y odian la Biblia. A ellos no les interesa lo espiritual. Si eso es así, debemos ser francos y preguntarnos: ¿Qué vieron estos jóvenes (o qué no vieron) en su hogar para producir semejantes resultados? Desde luego hay excepciones. Sin embargo, al observar miles de grupos juveniles en iglesias de diferentes lugares, se ha llegado a la conclusión que la mayoría de los jóvenes que han crecido en “hogares cristianos” tienen poco o ningún interés por las cosas de Dios.

La verdad es que hay algo mal en nosotros, en nuestra generación de adultos cristianos, en vista de que nuestros hijos crecen sin querer saber de Dios, o peor aún, de que los llamamos cristianos mientras viven en flagrante contradicción a la Palabra de Dios. Eso no significa que todos los padres piadosos siempre tendrán hijos piadosos. No obstante, al ver semejante epidemia de jóvenes que crecen en hogares cristianos y rechazan lo que sus padres creyeron

enseñarles, debemos admitir que algo está mal en esta generación de padres. Si persistimos en la mentira de que no somos responsables de nuestros hijos nos ponemos del lado del diablo, que hará todo lo que esté a su alcance por arrebatarnos para su reino a la siguiente generación. Las Escrituras enseñan que cada generación es responsable de pasar a la siguiente el legado de la santidad. Esto es tanto un privilegio maravilloso como una tremenda responsabilidad. El hecho innegable es que somos responsables de las semillas que sembramos, y que debemos sobrellevar la cosecha que resulte. Es imposible sembrar semillas de indiferencia, indisciplina y mundanalidad, y luego hablar de un “error en la cosecha” en la generación siguiente.

También vemos que la verdad bíblica que contrarresta lo anterior es que cada generación debe responder por su propio andar y por su obediencia. Sin importar lo bueno o malo que hayan hecho sus padres, cada individuo dará cuentas un día delante de Dios por sus propias decisiones (**Dt.24:16; Jer.31:29-30**). Ser padre y madre es un llamado sublime y santo. No existe una ocupación más exigente. Los mejores padres dependen por completo del Espíritu Santo para que las cosas funcionen con sus hijos. Es por eso que el mayor recurso con el que cuenta una madre es la oración. Satanás miente a los padres para arruinar la transmisión de la verdad de una generación a otra. Los padres que creen y actúan conforme a sus mentiras se someterán a sí mismos y a sus hijos a esclavitud. Por el contrario, los padres que creen y actúan según la verdad serán libres para amar, disfrutar, formar y criar a sus hijos, y por la gracia de Dios verlos irradiar la gloria de Dios a la nueva generación.

- Renovemos nuestra manera de pensar con la Palabra de Dios. Leamos los siguientes pasajes y analicemos ¿Qué revelan acerca de la idea de Dios acerca de los hijos, de la paternidad y la maternidad?

SALMO 127

MATEO 19:13-15

SALMO 78:1-8

1 TESALONICENSES 2:7

 *PÍDELE A DIOS QUE TE AYUDE*
A CAMINAR EN LA VERDAD 

Amado Señor, te doy gracias por tu corazón de Padre. Gracias por hacerme tu hija por medio de la fe en Cristo, y porque cuidas de mí, suples mis necesidades y obras cada día para que alcance la madurez espiritual. Gracias porque amas a los niños. Ayúdame a acogerlos y a amarlos como Tú lo haces. Gracias por hacerme mujer para dar y nutrir la vida. Te pido que me ayudes a cumplir mi llamado como madre, ya sea con mis propios hijos en la carne o con los hijos espirituales que tú me des. Ayúdame a cuidar con fidelidad a todos los que me has confiado. Que mi vida sirva para fomentar en la siguiente generación el hambre y la sed de justicia y el anhelo de ser imitadores de nuestro Padre celestial. En el nombre de Jesús. Amén.